

# Notas

## El movimiento filosófico en Chile

La naturaleza y el clima han impuesto un carácter especial a la gente de Chile. Nuestra actividad cultural hasta hace relativamente poco tiempo atrás era de índole especialmente fría y severa. Ya Menéndez y Pelayo nos llamaba "la tierra de los historiadores y pedagogos"; esa clase de actividad era en el fondo, junto a la poesía, la primera siempre en nacer, común a la América toda. En Filosofía no contábamos sino con figuras de segunda clase que nada pesaban en el movimiento mundial. El tener conciencia de su propia personalidad es la primera base para levantar algo autóctono: la filosofía adviene en América en última instancia y recogida y traída de contrabando. Como dice Francisco Romero "sería un milagro la producción de una filosofía autóctona de contenido universal hoy en Hispano-América". Sin embargo, hoy se está gestando en nuestro continente un movimiento muy interesante que, aunque en los principios generales sea generado por movimientos europeos, en aspectos y en ciertas estructuras adquiere caracteres propios. Denota en todo caso una vitalidad, un paulatino acercamiento hacia un conocimiento reflejo, que nos será muy útil. Es en la Argentina donde ha prendido con más intensidad.

En el siglo pasado dos nombres llenan la cultura filosófica de Chile: Victorino Lastarria y Rafael Fernández Concha. Andrés Bello no cuenta en ella. Esos dos nombres son sin duda alguna los que más influencia tuvieron en la generación de su tiempo: Lastarria dio principio a la cultura liberal, Fernández Concha, a la conservadora. Ninguno de los dos poseía una verdadera capacidad metafísica capaz de producir algo para la Literatura del mundo.

Las dos corrientes que en nuestra Hispano-América se han disputado a las Escuelas han sido el Tomismo y el Positivismo. Este último fue implantado en nuestra educación a partir de mediados del siglo pasado, poco más o menos. El Tomismo se refugiaba cada día más en planteles eclesiásticos, teniendo una influencia cada vez más nula. La falta de cerebros era inmensa por entonces.

La nueva generación —yo la llamaría la del 33— promete y está actualmente produciendo un proceso interesante, pero concentrado. Se divisan varias corrientes.

Bergson ha tenido en nuestro país una saludable influencia: Ha ayudado a echar por tierra una multitud de ídolos y a poner en el tapete de la investigación los grandes problemas de la Metafísica. La inteligencia más sobresaliente con que contamos en la corriente que llamaría bergsoniana es la de Eduardo Cruz Coke, médico y Profesor de Química fisiológica en la Universidad de Chile, dotado de profundo amor a las ciencias y de gran capacidad investigadora. Desgraciadamente, para perjuicio del saber li-

bre y puro, el doctor Cruz Coke, por sus múltiples obligaciones no puede dedicar toda su actividad a la búsqueda de estas interesantes cuestiones.

Spengler, ya en Filosofía aplicada, tuvo en nuestro suelo una influencia enorme, especialmente entre la juventud. El nombre del Profesor Eugenio González, actualmente en Venezuela en comisión pedagógica traída por el Gobierno de este país, es el más sobresaliente.

El Tomismo cuenta en Chile como en la Argentina la mayoría de sus seguidores. Don Eduardo Escudero, Decano de la Facultad de Teología, es posiblemente el Prof. más eminente de la Escolástica chilena. Dicta cátedras en la Universidad Católica de Santiago.

A la sombra del Tomismo, inspirado en un proceso de modernización, bajo la inmediata inspiración de Jacques Maritain, está hoy en Chile el movimiento filosófico más interesante y el más vital. Una pléyade de jóvenes se han lanzado entusiastamente a la investigación y a la producción filosófica. Entre ellos, la inteligencia más alta es la del sacerdote Rafael Gandolfo, de la Congregación de los Sagrados Corazones, cuyos Ensayos publicados en la Revista "Estudios", órgano cultural católico, lo presagian como una figura de Hispano-América de intenso y profundo relieve. Junto a él, se mueven Gustavo Fernández del Río, que se ha especializado en Teoría del Conocimiento y que hoy es el introductor de la filosofía de Martín Heidegger en Chile; Armando Roa, talentoso joven, cuyo Ensayo sobre Bergson mereció elogiosas críticas del filósofo brasileño Depenido.

Enrique Molina es un pensador ecléctico sin trayectoria esencial, empapado sin embargo de un espiritualismo que lo lleva paulatinamente hacia posiciones más puras. Es actualmente Rector de la Universidad de Concepción y ha publicado muchas obras, extendidas ya por toda América.

Como nombres que prometen en una futura producción están los del Jesuita Julio Jiménez, tal vez, como inteligencia metafísica la más profunda de todas, y el Pbro. Osvaldo Lira que tiende al estudio de las cuestiones estéticas.

El movimiento filosófico en Chile está aun hoy incipiente; nuestro ambiente cultural no concede las garantías de reposo y tranquilidad ni tampoco el aliciente y estimulación necesarios para la creación desinteresada. Hay materia prima; lo que falta es disponer esos aislados esfuerzos en una estructuración orgánica que facilite la investigación. Hemos llegado en Chile a un proceso muy puro y muy inteligente en el proceso poético. En el filosófico, todavía el futuro se guarda la palabra.

La inquietud de la juventud es notable. En pocos países de Sud-América he podido observar mayor interés por los problemas de la cultura. Sin embargo, esta atmósfera es aun sólo anunciadora: hay necesidad de "sufrir la cultura". Ningún país de América puede afirmar el sufrimiento en las altas regiones del espíritu y es sólo allí y desde allí cuando nace la creación. La creación brota con la sangre, con la sangre de la angustia de responder al mundo. Y la filosofía es —ya lo dijo Simmel— la respuesta que da la conciencia ante la totalidad de lo real.

Es necesario unir todos los esfuerzos que parten aislados de nuestros países hispano-americanos. Cada uno de ellos, en lo propio y personal que tiene, aporta un aspecto nuevo. Nuestra cultura no es ni chilena ni argentina ni colombiana: es hispano-americana. El porvenir de la cultura descansa en la amistad fraternal de todos nuestros países.

*Clarence FINLAYSON*

*Ex-Profesor de Filosofía en la Universidad Católica de Chile, actualmente Prof. en la Univ. de Notre Dame, Indiana, EE. UU.*

## Antonio Machado

Hijo de don Antonio Machado y Alvarez, uno de los más señalados folkloristas españoles, y nacido en la pinturera Sevilla, parecía destinado a engrosar la corte de poetas que a los pies de la Giralda y de la Torre de Oro, musicalizan decires de gitanería, al ritmo de sus guitarras morunas. Porque guitarras —y jamás arpas o liras— tañen los bardos andaluces.

Pero ni el paisaje bético ni la tragi-comedia chulapa, lograron atraerlo a sus órbitas. Rápidamente se fugó al país castellano, y la provincia de Soria fué su patria electiva.

También Azorín, hijo de las tierras de Alicante —dibujadas por Miró como jardines de ensueño— es atraído intensamente por Castilla. El y Machado, cambian el brillo y el color de sus regiones natales por la yerma tristeza castellana.

En la biografía de Antonio Machado, Sevilla sólo podría escribir los renglones inaugurales: los ocho primeros años de su vida.

“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...

...  
Mi juventud veinte años en tierra de Castilla...”

Bien distinto de su hermano Manuel que ha practicado todo un culto artístico y sentimental en homenaje de su terruño. Pero Manuel, que es mucho más andaluz que Antonio, es, a la vez, bastante francés por la alta dosis de influencia de Verlaine y Bainsville que se adivina en su obra. El mismo ha dicho que “comulga con Montmatre y con la Macarena”.

Aclaremos, gráficamente, este paralelo entre los hermanos Machado: Manuel fué a los escaparates del Barrio Latino a comprar sedas vistosas para envolver el cuerpo de “bailaora” de su musa sevillana (con ciertos aires de Mignon). Antonio, en cambio, para arropar su musa castellana rebuscó el traje clásico en los castizos arcones de la poesía del Siglo de Oro, prendiéndole, no obstante, algunos dijes de moda.

Machado perteneció a la denominada generación del 98 y ya Francisco Luis Bernárdez ha señalado los puntos de contacto que tuvo con los propulsores de este movimiento: “Tenía de Unamuno el sentido profundo de lo popular y el amor a las palabras terreras y a las vidas elementales; de Azorín, la gracia (aunque no el colorido) del idioma y la afición musical del paisaje castellano; de Valle Inclán el gusto por las piedras arcaicas y por las prosas añejas; de Enrique de Mesa, la vocación por la sierra solitaria; de Ramiro de Maeztu, la austeridad insobornable y la religiosidad de la visión artística”.

Esta generación que ante el dolor de España, y en la contemplación de su desastre colonial se orientó hacia las cosas españolas, en materia de arte, vivió siempre con oído atento a las voces que sonaban más allá de la península. D’Annunzio, Gautier, d’Aureville, Ibsen, Poe, Nietzsche, Verlaine, Bainsville y Spencer inspiraron la marcha del grupo.

Machado no podía resguardarse por completo a la fuerza magnética de estos nombres. Pero fué de los más esquivos al vasallaje, conservando su independencia estética.

El mismo, al sentirse preocupado por el problema de su posición frente a las escuelas literarias, se pregunta:

*“Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso como deja el capitán su espada,  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada”.*

En este interrogante no contempla, sin embargo, las dos escuelas poéticas que, tal vez, prestaron a su obra mayores elementos: la simbolista y la parnasiana. Porque su profundidad y esa obsesión suya de “sombas” y “sueños” tiene indudable matiz simbolista; y la sonoridad de sus versos y su objetivismo pertenecen a los cánones parnasianos. Hay que agregar que su serenidad es íntegramente clásica.

Al convertirse la poesía en malabarismo de imágenes y ante el barajar estridente de “ismos” poéticos, se hizo al margen de estos espectáculos retóricos. (A pesar de esto, fué considerado siempre como maestro por la juventud vanguardista de post-guerra). El no podía hacer “boutade” con su melancolía, su tristeza profunda, su excepticismo y su filosofía, adheridos tan entrañablemente a su ser. Era un hombre solitario (“Soledades” titula uno de sus libros), sombrío y taciturno; filósofo estóico lo llamó Rubén Darío. Bien lejano del ardor pasional de Manuel, sus cantos pasan como asuntos meramente decorativos o fotográficos.

Machado no fué nunca un alto poeta; nada más que un poeta menor. Ni sus temas, de poca originalidad y variedad; ni su léxico; ni su anecdotismo; ni su crecido objetivismo (“nunca traspuso la región de las imágenes sensibles” dice un crítico); ni la estructura de sus poemas, revelan la existencia de ese profeta lírico que España requería. Pero no le faltó nunca la veneración de la crítica, ni aún la de los ultraístas iconoclastas. “Si en España hubiera costumbre de hacer estas proclamaciones, creo que nadie podría pretender mejor que Antonio Machado el título de príncipe de los “poetas” españoles” (Andrenio).

No agregaremos en la enumeración anterior ni su afición a lo minúsculo y cotidiano, ni la brevedad de su obra poética.

Ese cariño por los pormenores, levantados a grandes niveles artísticos, trae el recuerdo de las miniaturas medioevales de tanta entidad estética. Y frente a la reducida extensión de su labor, adoptamos el criterio de Gómez de Baquero: “La exquisitez de la poesía permite prescindir de la abundancia, y hasta no la aconseja. El novelista, el autor dramático y el ensayista labran su fama a fuerza de insistencia; pero el poeta lírico, que es un orífice, puede permitirse el placer de la obra breve. Le es dado ser el escritor de un solo libro. Nadie menos que el poeta lírico puede ser un fabricante de literatura”.

Con los nombres de Abel Martín —filósofo y poeta— y de Juan de Mairena “poeta, filósofo retórico e inventor de una Máquina de Cantar”, signó una parte muy valiosa de su producción.

Sus trabajos dramáticos fueron escritos en colaboración con su hermano, en el llamado “teatro poético”. “Don Juan de Mañara”, de ambiente histórico. “Las adelfas” de intención psicoanalítica; “La duquesa de Benamejí” de tema regional andaluz y “La Lola se va a los puertos”, con la mujer del “cante”, responden de su alcurnia escénica, revelada tan tardíamente.

Baltasar URIBE ISAZA

## **El Instituto panamericano de derecho público - Su objeto y fines. La posibilidad de una ciencia política americana.**

Frente a los nutridos anaqueles de la Primera Exposición del Libro Americano y Español, realizada en Santiago de Chile, a fines del año 1936, por la Universidad Nacional del país hermano de allende los Andes, al contemplar el número y la calidad de las obras de autores del continente, especialmente las relativas al Derecho Público, sentí la necesidad de buscar un medio para que no se malograran, por la ignorancia derivada del aislamiento, tantos y tan valiosos esfuerzos individuales, tentativas personales de solución de problemas jurídicos y políticos de interés general y común a todos los países de América. Hallé junto a los títulos y a las materias más diversas los nombres de colegas, autores y profesores universitarios titulares de las mismas cátedras o de afines en sus respectivas universidades, para mí del todo desconocidos, que no figuraban siquiera, apesar de la fecha de su impresión, en los catálogos de las más renombradas y especializadas bibliotecas de mi país. Comprendí entonces que era —y es, todavía— necesario y, en cierto modo, urgente, que algún nexo común, espiritual y material, nos uniera permanente y efectivamente para que desapareciera la triste e imperdonable ignorancia de nuestras propias cosas. El primer beneficio sería indiscutiblemente el mutuo conocimiento y el intercambio de obras americanas. Por eso dije en la primera oportunidad que se me presentó, en cumplimiento de la misión oficial que me había llevado a Chile: “Para amarse, se ha dicho, es preciso conocerse. Conocer lo superior, lo más representativo de la cultura, lo intelectual, es conocer lo mejor que un pueblo puede ofrecer a la consideración de los demás. Apesar de la aspiración común de los pueblos sudamericanos, fomentada y parcialmente realizada por los gobiernos, de estrechar vínculos entre ellos, permanecemos algo alejados todavía, o mejor, desconocidos, moral e intelectualmente. No es un misterio para vosotros que seguimos mejor el movimiento bibliográfico europeo que el americano, pese a las distancias. Nos ignoramos en gran parte, inocentemente quizás, pero nos ignoramos. Mucho intercambio comercial, mucho turismo, muchas embajadas de diversa naturaleza, pero escasas visitas de estudios, poco intercambio universitario, que son verdaderas y pródicas embajadas del espíritu”.

La ignorancia de nuestra América se explica en la vieja Europa, que nos conoce sólo como buenos mercados agropecuarios y que nos envía todavía, con sus manufacturas, los dictados de su antigua cultura; pero no se explica, y menos se justifica, en los países americanos de cualquier latitud o longitud.

Meditando sobre las diversas maneras posibles de aunar y hacer más fructíferos esos magníficos y aislados esfuerzos individuales, verdaderas creaciones intelectuales que llamarían la atención del mundo si llevaran pie de imprenta europeo, he creído que la mejor forma, en cuanto se relacionaba con la materia de mi especialidad, era la de constituir un Instituto Panamericano de Derecho Público, que reuniera en una entidad a todos los profesores universitarios, publicistas y estadistas del continente. Formado por la adhesión voluntaria de todos los trabajadores intelectuales de América, sin vinculaciones ni obligaciones oficiales, sería un “forum” para la discusión en común de temas y problemas institucionales de carácter jurídico-políticos. Poco importan los detalles de organización, de dirección y de administración. Lo esencial es la vinculación que el Instituto crearía, el intercambio de producciones científicas, de ideas y de su-

gestiones, y las reuniones periódicas, en diversas ciudades del continente (Río, San Pablo, Buenos Aires, Rosario, La Habana, Lima, Bogotá, Nueva York, etc.) para estudiar y discutir problemas de actualidad, acercando a los pensadores de distinta nacionalidad.

La iniciativa fué calurosamente acogida en varios países. De inmediato manifestaron su entusiasta adhesión profesores y publicistas de diversas partes del continente. Debo mencionar, entre los brasileños, al malogrado Profesor Figueira de Mello y a los Doctores Themístocles Brandão Cavalcanti, Haroldo Valladão, Ruy Cirne Lima, Alexandre Correia y Spencer Vampré; entre los cubanos, a Francisco Carreras Justiz, Julián M. Ruiz y Gómez, Juan C. Zamora y López, Pablo F Lavin, Ramiro Capablanca y Graupera y Andrés Angulo y Pérez; entre los chilenos, a Rafael Raveau Soulés, Oscar Guzmán Escobar, Alex Varela Caballero y José María Cifuentes; entre los ecuatorianos, a Aurelio García; entre los uruguayos, a Juan Carlos Gómez Haedo y Aparicio Méndez; entre los peruanos, a Toribio Alayza y Paz Soldán; entre los mejicanos, a Gabino Fraga; y entre los argentinos, a Rodolfo Rivarola, Faustino J. Legón, A. Walter Villegas, Benjamín Villegas Basavilbaso, Segundo V. Lnares Quintana y Oscar Díaz de Vivar.

La denominación usada ("Instituto Panamericano de Derecho Público") no expresa en realidad, con toda exactitud, el objeto propio ni la finalidad de la institución cuya organización definitiva se persigue, previa constitución de las correspondientes secciones nacionales, algunas ya organizadas, como la cubana y la argentina. Más que el Derecho vigente, nacional o comparado, debe interesarnos el Derecho "in fieri". Su objeto es, pues, más *político* que *jurídico*. Aquella no tiene otra razón de ser que la de haber sido originariamente los profesores de esa materia los miembros natos del Instituto. Ellos son incontestablemente los pensadores más vinculados al estudio de las cuestiones científicas relativas al Estado y a los demás entes públicos menores (Provincias, municipios, etc.). Con más propiedad debiera llamarse "Instituto Panamericano de Ciencias Políticas". Sobre ello volveremos en otra oportunidad. Mucho hay que decir sobre la necesidad de instaurar en las Universidades americanas cátedras de Ciencia Política propiamente dicha, como acaba de hacerlo, a proposición nuestra, la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional del Litoral, que dirige el renombrado jurista Rafael Bielsa.

Estamos plenamente convencidos de la necesidad de este vínculo y de este "forum", en el que los investigadores, los profesores y los estadistas de todos los países americanos puedan exponer los resultados y las conclusiones de sus personales estudios, investigaciones y experiencias. En un ambiente académico —lo que no obstará para que sea, a la vez, realista y práctico, gracias a la esperada colaboración de destacados estadistas y políticos eminentes— sus miembros hallarán en él la libertad necesaria para exponer y para discutir las ideas elaboradas en sus respectivos libros, cátedras o funciones públicas, seguros de contar con un auditorio inteligente y con contradictores autorizados y capaces. El resultado de tales deliberaciones se impondrá, sin duda, por la autoridad de sus autores y por la seriedad de sus conclusiones. Y de este modo, la ciencia política americana en sus diversas manifestaciones (política propiamente dicha, o constitucional; económica, financiera, social, etc.), circulará y gravitará por todo el continente, gracias a este elevado órgano de formación y de difusión de la misma, y podrá quizás, en un futuro no lejano, contrarrestar el a veces pernicioso influjo de la ciencia política europea, forjada por otra mentalidad y sobre otras bases, para responder a otras necesidades, distintas de las nuestras, o irradiar a todo el mundo el beneficio de las soluciones científicas que en el campo institucional son capaces de ofrecer las nuevas generaciones de América.

Mucho hay que esperar de la influencia cultural de estos institutos. El que propiciamos, gracias al contacto de hombres y de ideas de diversa formación y mentalidad, facilitará innegablemente el proceso mediante el cual se descubre el material de la ciencia política, que parece a Rickert lo principal para el progreso de una disciplina científica. Le está reservada además una función de gran importancia. Las ciencias de la cultura, como la Política científica, por ser tales, pueden tener —y tienen, de hecho— tendencias continentales. Las alcanzan y las imponen cuando se independizan de las fuentes y de los métodos extraños. Por no haber sacado la mirada de fuentes exóticas y de métodos inapropiados, las ciencias políticas americanas yacen aun en un estado incipiente. Salvo en el Derecho Internacional Público, al que el poderío de los Estados Unidos de Norte América y la extraordinaria sugestión de alguna doctrina sudamericana han impuesto excepcionalmente algunas soluciones jurídicas, el aporte de aquéllas y su influencia mundial son secundarios. Y no lo es por falta de volumen o de bondad: ahí está para demostrarlo la formidable concepción política incorporada al Derecho Público Interno por la Convención de Filadelfia, que es al Derecho constitucional contemporáneo lo que el Derecho Romano es al Derecho civil actual.

Así como cada época, si es de plenitud, como observa Ortega y Gasset, necesita una propia, original Filosofía; así cada cultura, como la americana, necesita su propia y original Política. A la consecución de ella, para que América no siga viviendo en lo intelectual como otra factoría de Europa, tiende la formación del Instituto Panamericano de Derecho Público, cuyas Secciones nacionales aun no formadas deseáramos ver pronto constituidas con el valioso aporte de los eminentes colegas antes citados, que ya han formalizado su adhesión, y los ilustres maestros y publicistas que honran la moderna literatura jurídica americana, como Osvaldo Aranha, Rodrigo Octavio y Carlos Maximiliano, (Brasil) Félix Paiva, Gerónimo Riaut y Cecilio Báez (Paraguay), J. D. Moscote, Octavio Méndez Pereira y Ricardo J. Alfaro (Panamá), Agustín Edwards, Gabriel Amunátegui y Juan A. Iribarren (Chile), Manuel V. Villarán y Jorge Basadre (Perú), Vicente Dávila y J. N. Hernández Ront (Venezuela), el canciller López de Mesa y Cayetano Betancur (Colombia) y tantos otros.

Salvador M. DANA MONTAÑO  
*Prof. en la Univ. Nacional del  
Litoral (R. Argentina)*

## **El Folklore y el Panamericanismo**

Los materiales del folklore son tan antiguos como la cultura humana. Mas sólo a principios del siglo XIX, con el romanticismo, comienza a estructurarse la nueva ciencia del folklore. A pesar de ser tan nueva, esta ciencia ha progresado tan rápidamente que en un solo siglo se han logrado acumular las grandes colecciones de materiales que hoy se clasifican metódicamente en todos los países del mundo. Se estudian los rasgos característicos de varias entidades culturales, y los principios del origen, desarrollo y diseminación de estos materiales, y ya se logran deducciones de los conceptos básicos del significado y de los valores del folklore en la vida cultural de los pueblos. La ciencia del folklore, pues, se desarrolla actualmente como cualquiera otra ciencia. Y, como pasa en otros ramos de la cultura humana, también en el

folklore los artistas buscan inspiración. Los eruditos en otras ciencias, también acuden al folklore en busca de sus frutos para solicitarle ayuda en la solución de sus propios problemas.

Este breve bosquejo de la biografía del folklore, no alcanza a precisar la enorme potencialidad de esta nueva ciencia que se encuentra todavía en los primeros días de su infancia y cuya elaboración puede durar miles de años. Inmensas cantidades de materias folklóricas quedan por recoger. Después de varios años habrá que reagruparlas para estudiar su morfología definitiva, y los cambios que experimentan con el tiempo en la boca del pueblo.

A pesar de la monumental obra de erudición del Prof. Stith Thompson —*Motif - index of folk - literature*— quedan reservados aún grandes esfuerzos de clasificación. El desarrollo de esta ciencia ha llegado en Europa hasta tal punto, que en algunos países, especialmente en los del norte, se han establecido archivos nacionales y cátedras especiales del folklore funcionan en numerosas universidades. En América tales cátedras faltan casi por completo, y archivos como el del Instituto de Literatura de la Universidad de Buenos Aires, son raros también. Entre las pocas revistas que en el Nuevo Mundo se dedican a estos estudios es el *Journal of American Folklore*, cuya publicación empezó a fines del siglo pasado y perdura aún, quizás la única que ha llegado a una edad madura. La *Revista del folklore chileno* y *Los Archivos del folklore cubano*, han desaparecido. No obstante, en nuestro continente se dan serias contribuciones a la nueva ciencia. En verdad que si es amplio el campo y que si el número de hombres eruditos e inteligentes dedicados a su cultivo es pequeño, siendo tan valiosa la perspectiva de estas investigaciones, debemos sentir la urgencia de más intensas tareas para hacernos a tan apreciables frutos.

La cuestión primordial que se presenta es la aplicación de la ciencia del folklore al desarrollo, en los países de América, de un carácter nacional y una unidad y madurez cultural. Pequeños países de Europa, en peligro de verse aniquilados por vecinos fuertes, han utilizado el cultivo de su expresión folklórica para conservar y afirmar su nacionalidad. Afortunadamente, el problema americano es muy distinto: esa mezcla de multitud de culturas disímiles, indias, europeas, africanas, etc., que especifica la estructura actual del Nuevo Mundo, se fundirá por fin en una unidad cultural. La aplicación de la ciencia del folklore contribuirá notablemente a apresurar este proceso y ayudará en mucho al logro de esta noble aspiración infundiéndole la forma más deseable. Desde Alaska hasta la Patagonia se diseñaría así algo más noble y grande que los varios caracteres nacionales; es decir, la continuidad de lo americano, la unidad cultural panamericana, lo cual allanaría los problemas existentes hoy por falta de un mayor entendimiento entre los diversos países del continente. Varios hechos se prestan a este propósito. Diseminada por todas las vertientes del Nuevo Mundo existe una base de cultura indígena; elementos culturales europeos también han sido asimilados, y es apreciable la contribución del elemento negro. Esta mezcla indica la exuberancia, el vigor y el optimismo de las naciones americanas en esta etapa de su primera juventud. Este rasgo común y el estado de flujo en que se hallan ahora sus nacientes culturas alienta la intención y el esfuerzo hacia la unidad panamericana. Desde el punto de vista nacional o internacional panamericano vale la misma regla: el éxito de un país o del panamericanismo depende, en gran parte, de su desarrollo cultural uniforme. Mientras dure la gran mezcla y confusión americana en sus costumbres, tradiciones, etc., durará también la falta de armonía, de mutua comprensión, de paz y de prosperidad. Mientras no se alcance esta unidad cultural, seguirá el Nuevo Mundo por la fácil ruta de la imitación europea, cuya



tradición cultural se registra como una impropia adaptación para nuestro ambiente. He aquí uno de los deberes primordiales de la nueva ciencia del folklore: apresurar el desarrollo del carácter unido nacional, de su cultura, en los varios países americanos. Sólo así se obtendrá la especificación total de la cultura panamericana.

Es innegable el valor del folklore como medio de mutua comprensión, valor poco comprendido por nuestras agencias culturales y aun por nuestros mismos folkloristas, atareados hoy en la acumulación y clasificación de sus materiales, que les impide apreciar las proyecciones amplias de su aplicación social. Las mismas reglas valen para una comunidad de naciones que para una comunidad de individuos. Los vecinos que tienen entre sí diversas costumbres y tradiciones no alcanzan a comprenderse; hallan allí la permanente predisposición a recelarse.

Al contrario, cuando se evidencia y se comprende el vínculo se anula la tendencia sospechosa y surgen la mutua comprensión y tolerancia. Muy extrañas y por eso intolerables, son las costumbres del gaucho argentino para el neoyorkino, y las del negro cubano para el azteca mejicano. Mas esta carencia de mutuo entendimiento es más bien cuestión de superficie que de fondo. En lo básico —así lo prueba el estudio del folklore— hay una gran semejanza entre todos los pueblos en la esencia de su cultura tradicional. Las diferencias son más bien variaciones de forma, no de esencia. El folklore logra una interpretación cabal de estas aparentes diferencias culturales y da el sentido preciso de su íntima cohesión, de su fondo común. De aquí su trascendencia para la fijación y comprensión de las semejanzas entre las diversas modalidades de los pueblos de América.

Esta utilidad adquiere mayor importancia cuando se comprende que el folklore de un pueblo no sólo es cosa típica suya, sino que es lo más hondo, lo más íntimo, lo más esencial de su alma, y por eso el medio más verídico y genuino para juzgarlo y comprenderlo. Cuando se lee la literatura de un país, se contemplan sus pinturas o se escucha su música, aun cuando esa literatura, esa pintura y esa música estén fundadas y tengan sus raíces en lo más hondo de la vida popular de ese país, queda el hecho de que todo eso puede ser la expresión o la interpretación de un solo hombre, de un artista individuo que, bien sea perito de grandes habilidades, nos hace soportar sus limitaciones individuales y sus prejuicios particulares, recibiendo así impresiones de segunda mano. Se sufren las mismas restricciones cuando se trata de comprender un carácter nacional por medio de los psicólogos, los sociólogos, los hombres de negocios, los viajeros, etc. Mas el folklore no tiene impresiones individuales ni prejuicios particulares. No tiene autor conocido. Su autor es el pueblo mismo. Es la producción artística de primera mano del pueblo. Andando de boca en boca, ha sentido la mano creadora de multitud de artistas, no instruídos en escuelas extranjeras, sino enseñados en el propio terruño del cual son una parte íntegra; terruño a su vez creador, inspirador, fecundo. Tampoco tiene el folklore limitaciones en el tiempo. No es el producto de tal o cual escuela fenecida. Siempre es moderno, al día, reflejo de los últimos momentos en la vida de un pueblo. Pero al mismo tiempo es muy antiguo, guardador de los restos culturales más remotos. En fin, abarca toda la vida del pueblo, desde un confín al otro, desde el principio hasta hoy. Esta comprensión, esta expresión directa que encierra y su veracidad, es lo que hace del folklore el medio más eficaz para comprender un pueblo.

La utilidad del folklore como medio de mutua comprensión tiene un valor especial, por esa presentación del aspecto íntimo, informal y de confianza del pueblo. La mayor parte de los aspectos culturales de un pueblo son más formales. Conocer a un pueblo por ellos es como visitar al vecino en su sala de recibo. Conocerle por

medio de su expresión folklórica es visitarle en las intimidades de su casa. El folklore presenta la vida de un pueblo en su vida familiar, en su vida cotidiana, en su traje ordinario, en sus modales sin afectación. Y esa satisfacción que experimenta un pueblo al conocer la naturaleza verdadera y el modo de ser auténtico de su vecino, es lo que despierta ese hondo sentimiento de honda comprensión y perdurable acercamiento.

¿Cómo realizar las ideas anteriores? ¿Cómo lograr el ideal del panamericanismo por medio del folklore, dando a cada pueblo americano una idea adecuada de sus vecinos y estimulando, con el sentimiento de mutua comprensión, la simpatía y noble admiración con un espíritu de fraternidad y amor? En primer lugar, hay que establecer en cada país del Nuevo Mundo un archivo nacional del folklore, surtiéndolo con un fondo adecuado de materia prima que represente todas las regiones del país, todos los elementos de su población y las diversas variedades folklóricas; materias recogidas en manuscrito e impresiones fonográficas, ilustradas con fotografías y objetos. En segundo lugar, preparando personas instruídas en la vida de su propio pueblo para ocupar la dirección de los archivos y regentar las cátedras de las universidades; peritos para dirigir la compilación, clasificación y estudio de las materias folklóricas; formando nuevas generaciones de estudiosos, y estimulando el interés general por la nueva ciencia. El fruto de estas actividades tomará forma en libros, impresiones fonográficas, películas, conferencias y en la formación de grupos del mismo pueblo que canten sus canciones populares, etc. y que se puedan enviar de un país americano a otro en un intenso intercambio cultural, fomentado y sostenido por grupos científicos y peritos, y no por Hollywood y los grupos comerciales del espectáculo profesional, ni por ninguno otro que tenga otro interés que el de propagar el panamericanismo por medio del folklore genuino y bajo la dirección de científicos en la materia. Para la presentación del folklore de un país, con los signos más veraces, al público de otro, y para que éste lo entienda en toda su expresión juzgándolo con justicia y en términos de su propio folklore, hay que resolver problemas intrincados que sólo se pueden confiar en manos del perito, persona muy distinta del aficionado al arte popular "de curioso primor".

*Ralph STEELE BOGGS*

University of North Carolina.

### **La tempestad petrificada**

Hace algún tiempo recibimos, especial para nuestra revista, esta página inédita, fragmento de un ensayo de interpretación del paisaje de La Paz, capital de Bolivia, de Fernando Díez de Medina, el insigne ensayista y poeta boliviano, cuyo último libro, de gran estilo, "El arte nocturno de Víctor Delhez", alcanza hoy la más viva resonancia continental.

Un hombre avanza por los senderos endurecidos del altiplano. La superficie de las altas mesetas se alarga indefinidamente en el espacio. Sobre la línea distante de los confines se alza el perfil sinuoso de los cerros. Altas cimas nevadas. Soberbias

cúspides rocosas. Y al fondo del paisaje, como un Dios imponente de fuerza y de belleza, fulgura el Illimani.

¡Qué extraña es esta tierra! Distancias interminables y sin embargo todo parece próximo. Se diría que se funden las perspectivas y se acerca el contorno de las cosas. El aire tiene lucidas transparencias; la línea es diáfana; desnudos son los perfiles. Viene la lejanía presurosa hacia los ojos. La composición pictórica del panorama tiene la limpidez de un paisaje del Perugino. Es el detalle quien lo anima; el conjunto permanece inabarcable.

Estallan los colores en permanentes radiaciones. Aquí la vida es un grito apasionado que resuena en la forma, en el color, en el matiz, en los senos ilímites del aire. No hay rincones difusos ni cuerpos hundidos en la sombra. Todo "es"; todo habla con ese lenguaje decisivo y exacto que las fuerzas naturales usan para fijar su esplendor. No hay palabras, colores ni sonidos para expresar el mundo maravilloso del cosmos andino. Siempre será necesidad insigne que el hombre, hijo de la Naturaleza, pretenda superarla.

El caminante sigue su marcha en continuado asombro. Bajo el cielo infinito que decoran las nubes tumultuosas, junto a la impasible compañía de los cerros nevados que giran lentamente sus torsos de mármol avanza por la desolación del yermo altiplano, mientras el viento cimbra sus látigos agudos en el pajonal. De pronto una vasta agitación parece conmover las cimas que tiene ante sus ojos; ya no son sólo cúspides las que contempla; el fondo de la cordillera se aproxima a la visión, que comienza a descender de los vértices erguidos para trabar conocimiento con las masas inferiores de la montaña. Y luego, bruscamente, antes que la sorpresa de la ciudad hundida en el fondo de la sierra, la tremenda sensación del vacío que se abre sobre el filo de la roca; la presencia repentina del espacio que cierra el cosmos altiplánico y descubre las zonas prometeicas de la hoya pacaña. Pasarán muchas horas, semanas, largos meses de silenciosa observación para que el hombre sienta la emoción sagrada y primitiva de la sierra pacaña, donde parece resonar el acento iracundo de las grandes frases bíblicas que fraguaron el Génesis.

Observando la potencia extraordinaria del panorama, se admite el antropomorfismo del aborigen, antiguo adorador de la montaña, que antes de alzar su religión al sol rindió secreto homenaje de sumisión a la fuerza imponderable de las grandes masas cordilleranas, en cuyas líneas desmesuradas creía ver la manifestación de lo divino. Así en la mitología apenas presentida del paisaje "Cunti", la montaña encarnó la primera divinidad en la adoración ascendente de las fuerzas naturales.

Hollará muchas veces el viajero las sienas de los cerros. Recibirá las hondas sugerencias del medio andino. Acercará su espíritu a la tierra, en decidido afán de comprender. Alguna vez, extasiado en la inmóvil contemplación del paisaje desgarrado y multiforme, cuyo dramatismo en potencia educa enérgicamente la voluntad creadora, pensará que en la sierra pacaña habría hallado Wagner el fondo odecuado para los Dioses que engendró su música de la grandeza incomprendida y la ambición desesperada; y que otro germano, Nietzsche, habría apaciguado su soledad inconmovible en el aire puro de nuestros montes, aire de las alturas nobles y tonificantes, que el progenitor del Zaratustra requería para vigorizar el cuerpo, serenar el alma y depurar la terrible atmósfera de sus demolidoras concepciones críticas.

Cuando la frecuentación precipite el fácil discernimiento y la voluntad de comprender rompa los límites de la apariencia; cuando el velo de Maya esté a punto de rasgarse por la tensión del esfuerzo, el hombre encontrará la verdad del paisaje con la segura intuición de la fé.

¿Por qué este laberinto de formas telúricas que se yergue en ímpetus triunfales?

Si Dios afirmó la vida en la ley del contraste, he aquí su demostración. Cada línea tiene un sentido. Cada forma aprisiona una fuerza. El mundo de las relaciones, que amaba Novalis, rige este paisaje ceñido por un circo de montañas. Todo lo que asciende es un mensaje. Todo persuade a la creación. La magia de la inventida estética reposa en la plasticidad de este extraño desorden, donde las fuerzas naturales irrumpen con la violenta belleza de lo imprevisto, es decir el último sentido de esta comarca andina, cuyo espíritu aflora siempre en enérgicos trazos visibles para insinuar la invisible voluntad que le dió forma y estructura. Mas nada de ello basta. Hay algo que el romero apasionado siente en torno a sí furtivamente. Algo que vive en la atmósfera; en el espacio sin linde que acrecen los senos de la tierra cóncava y distinta; en las tortuosidades de la roca; en los vértices de las agujas telúricas; en las crispadas cimas; en los huracanes que duermen en el flanco de los cerros; en las airadas cumbres que hieren los cielos con agresiva voluntad.

¿Cuál el misterio cósmico en esta poderosa arquitectura? ¿Por qué la dramática presencia de algo que se intuye sin ver?

Un día en que el solitario visitante, encaramado sobre la ceja rota de la montaña, contemple el delirio de las formas, a la hora en que el sol disputa con la sombra el dominio de los cuerpos; cuando madure el presentimiento confuso de las contemplaciones que ya fueron; y mientras el pasmo del grito se hunda en el fondo del ser, saltará elásticamente la revelación.

—¿Quién eres tú, tremendo poderío de las formas?

---¿Quién eres tú, sagrada voluntad erguida de la tierra?

—¿Quién eres tú, fuerza maravillosa que anima el encendido ardor de este paisaje?

Entonces cundirá un vasto júbilo por la sangre tumultuosa de la montaña, apaciguando sus cóleras reconcentradas; será la luz más viva en los duros perfiles de la roca; y desde el hondor de la tierra conmovida se alzarán la voz de Wirakocha, padre legendario del Ande:

—Caminante: duerme aquí prolongado sueño la fuerza inenarrable de las potencias naturales. Contemplas una tempestad petrificada; por eso te asedia la dramática cercanía de su fuego creador y el impulso retenido acecha desde la esencia íntima del paisaje. Dinámica prodigiosa de la tierra, que la Naturaleza detuvo en la hora culminante del proceso creador. La Paz es una tempestad petrificada, erguida sobre un haz de convulsiones secretas donde resuena el soberbio clamor de los contrastes. Jamás supo el hombre cuándo se detuvo este mundo inanimado de energías. Nunca sabrá el instante en que reanude su movimiento inexorable. La fuerza detenida de hoy anuncia la segura irrupción futura. Pero activa o estática, el alma del Ande es esa potencia dominante que repercute desde siempre en la estupefacta inteligencia humana, porque la anima el doble viento pánico de Apolo y de Dionisios, forma y fuerza que exaltan los delirantes juegos de la Vida.

Callará Wirakocha, padre legendario del Ande, y la revelación invadirá el espíritu con esa furtiva bondad final conque la Naturaleza se aproxima al hombre, cuando quiere identificarlo con la tierra, cuna y sepultura del ser.

*Fernando DIEZ DE MEDINA*

## Veinte cuentos de José Restrepo Jaramillo

La aparición de este libro de cuentos tiene algo de episódico en la mustia literatura nacional de nuestros días. José Restrepo Jaramillo —artífice del cuento y prosador de frescos zumos líricos—, es una de las figuras literarias más acusadamente robustas y originales del mapa intelectual colombiano. Su obra puede parearse ventajosamente con las producciones antológicas de este género de los más orgullosos cuentistas sudamericanos. Restrepo Jaramillo tiene derecho a ocupar altivamente la misma vanguardia estética de los Quirogas, Ghiraldos, Malleas, etc., primeros guarismos y exponentes de primera calidad en la nueva literatura americana.

“Veinte cuentos de José Restrepo Jaramillo” es más la manufactura de un artista que de un cuentista. Pero es que entre nosotros se ha practicado esta actividad literaria con la más zozobra, berda y cansada de las concepciones estéticas. “La novela —preceptuaba Jarnés—, debe ser un poema en marcha. Y el novelista debe ser siempre un poeta viajero. Como todo viajero, desfallecerá, se sentará a descansar, olvidará un poco el hermes alado que le guía; pero, colgado al cinto, llevará siempre su pomo de generoso vino lírico. Un sorbo le bastará para curarse del cansancio. Y escondido en el pecho, el fiel termómetro”.

También el cuento debe tener sus aliños e ingredientes poemáticos. En este sentido, José Restrepo Jaramillo realiza la más perfecta y consumada de las faenas líricas. Frase, imagen o metáfora esmaltan la creación cuentística de Restrepo Jaramillo con brillo y reverberancia singulares. Ya se ha dicho que el clima estético en que un poema ha de retoñar en brotes nuevos, sólo puede ser producido por esa máquina de maravillosa electricidad que es un artista.

“Veinte cuentos de José Restrepo Jaramillo” es, de manera inevitable, una obra cualitativamente superior dentro del canijo panorama de las actuales letras colombianas. El cuento nacional —género encenque, aturrido y centenariamente imbécil—, encuentra en este libro la más radiante de sus rehabilitaciones.

*J. M. y M.*

## Piedra y cielo

Un grupo de poetas colombianos que pertenecen a la promoción de más reciente ingreso en el ejercicio de las letras, tiene ahora su vocería en las entregas poéticas “Piedra y Cielo”. Estas palabras juan-ramonianas encierran el triple sentido de su lema, una consigna y una definición de poesía. Piedra y Cielo. La arena y el ángel. El ala y la raíz. El barro y el infinito. La tierra oscura y amarga y la flor que abre sus pétalos como párpados al asombro de los cielos unánimes. Carlos Martín, Camacho Ramírez, Aurelio Arturo, Vargas Osorio, Gerardo Valencia, Antonio Llanos, Darío Samper, Jorge Rojas. Creo que esta nómina brillantísima resume —salvo alguna posible omisión— todos los matices e intenciones de la última poesía nacional. Que es en Carlos Martín, dorada gracia de flor y de sonrisa, alta torre de luna en donde una sonámbula muchacha de nardo está cautiva. Que es desesperada exploración por amorosas aguas en Camacho Ramírez, y clamante angustia vuelta hacia Dios en Antonio Llanos. Y orilla del valle del sur, tierno y jugoso y tibio y húmedo en la voz con niebla de Aurelio Arturo. Y cuerda de llanto y aroma para decir la antigua ternura fa-

miliar y el desolado amor como isla abandonada, en Gerardo Valencia. Y, caliente guitarra con alas en Darío Samper. Y tenaz viaje melódico por la sangre y por el sueño, en Jorge Rojas. Es necesario escribir con orgullo juvenil que quizá ninguna entre las anteriores generaciones pueden poner en pie sobre una página un tan cabal grupo de poetas como éste de mi generación, entre la piedra y el cielo. Y tan henchido de responsabilidad vocacional. Y tan atento, a la vez, al pulso de América y a los aires universales. Y tan empeñado en una salubre revolución. Y tan resuelto a abrirse paso contra viento y mediocridad. En un país de escritores sin posibilidades editoriales, tiene un nobilísimo significado la iniciativa que capitanea el espíritu alerta y generoso de Jorge Rojas. Lo que se ha convenido en denominar "poesía nueva", está sujeto en Colombia a un asedio de equívocos, a un cerco de confusiones atribuible, en parte, al retraso natural de la sensibilidad media en cuestiones de arte, en parte también a la irresponsable facilidad con que se teoriza sobre estas cuestiones. No es preciso hablar, naturalmente, del emponzoñado aliento de la caverna conscientemente empeñada en borrar cuanto amanece en Colombia. Además la pereza mental ambiente se refugia de ordinario en los cómodos sillones del lugar común que sirven para dogmatizar con desenfado sobre todas las cosas. Como factor decisivo en la incomprensión y enemistad hacia ciertas fórmulas artísticas, que en otras partes son ya clásicas, debe anotarse la insuficiencia básica de esa educación literaria —forma lista y retórica y lastrada de interesados prejuicios reaccionarios— que ordinariamente se hace sufrir a nuestros muchachos. Todavía "se educa", mejor dicho se deforma la sensibilidad de la juventud con "trozos escogidos" de versificadores ahorcables, de sosos prosistas ínfimos. Todavía se vierte sobre las inteligencias juveniles un diluvio de ineptias y necedades sobre ciertos conceptos como clasicismo, gongorismo, modernismo. Las gentes nuevas de Colombia están bajo el imperioso deber de llenar de consignas aclaradoras todas las esquinas del aire de la patria. De insistentes pregones. De señales luminosas. Hasta que se vea claro. Alguna vez Marinetti ofrecía su sangre por la redención del mundo y de la poesía. No es para reír. La poesía no constituye para nosotros un pasatiempo bailable, ni una amable distracción de sociedad, ni un juego habilidoso. Es algo sagrado y trascendente. Un desvelado estar en dramática zona de peligro. Por eso nuestro nombre se halla, cara a la polémica, en la puerta combatida de las entregas "Piedra y Cielo".

El primer cuaderno de las publicaciones a que vengo aludiendo, trae un extenso poema de Jorge Rojas. "La ciudad sumergida" leído en la conmemoración centenaria de Tunja. Rojas, dotado de un infalible tacto poético, bordea con fortuna los peligros del terceto y nos entrega una límpida arquitectura poemática en donde pueden seguirse como en un ordenado laberinto la huella del sueño y la exacta línea del símbolo. Tal en la leyenda normanda las gentes del mar sentían por la tarde a la hundida ciudad de Is, ascender al cielo en el rumor tremulante de sus campanas, así el poeta tras de viajar por los mares de su corazón, poblados de visiones olvidadas y nebulosas imágenes, siente palpitar en su pulso la ciudad de sus mayores: Tunja la con el pecho de piedra condecorado por la más gloriosa fecha de la historia nacional.

"Hoy entre amor y amores naufragados,  
que guarda el corazón, a tí he venido  
para dormir mi mar a tus costados".

"Ciudad que entre mi sueño de azucenas,  
ciudad que entre mi sangre transitoria  
estás creciendo y mis espacios llenas  
con la sangre que viene de tu gloria".

Jorge Rojas afirma con este poema su ya ancho y bien ganado prestigio. Quiero, sólo, apuntar una vez más su admirable capacidad de trabajar airoosamente en el filo de los conceptos con esencias, casi con intenciones de palabras, su óptimo sentido de "l'esprit du mot". Lo que pudiéramos llamar su "externidad recóndita".

Si es difícil intentar la definición de una poesía equis y de un poeta cualquiera, crece todavía la dificultad cuando esta poesía nos es tan familiar como nuestro aire y nuestra alma, porque pertenece a un entrañable amigo nuestro. Tal me acontece con "Territorio amoroso" de Carlos Martín. Dejaré, para otra ocasión de reposo y regusto, la amable faena de escribir un detenido comentario en torno a la personalidad de este poeta que avanza —seguro— al encuentro de su claro porvenir.

Desde luego, Carlos Martín es un poeta difícil para los no habituados a la exigente atmósfera de la poesía nueva. Y la sensibilidad para captar ciertas calidades de arte no se improvisa. Cada día se acentúa más la condición de dificultad en la verdadera poesía paralelamente a las de pureza y trascendencia. Valery defiende el derecho del poeta a imponer sobre el lector "el trabajo sensible y sostenido de su espíritu". Y esto no constituye precisamente una tiranía, pues el lector tiene la fácil alternativa de sustraerse a la lectura. Al poeta no ha de importarle correr el riesgo de diezmar su público. La inteligencia, no ya solamente de un poema, sino de una obra de arte cualquiera, implica una especie de estrecha unión, de comunión, entre el creador y el espectador. En ella se funda el misterio todo del arte. El poeta requiere un público también creador a su manera. Colaborador en la búsqueda de la belleza.

La poesía de Martín tiene como eje y determinante casi único el amor amoroso. Bajo las aguas del verso se transparentan constantemente, un rostro, un cuerpo de mujer que él define bellamente, así:

"Territorio amoroso  
de cálidos y largos brazos.  
Patria del oro defendido  
por pequeña blancura matemática".

A ella canta y habla con las más delgadas y ardientes palabras: "Tu risa crece y crece como un barco que viene"; "mira mi corazón que tiene la forma justa de una lágrima"; "eres delgada y rubia como un tallo de luna y te acaricia el sueño como al agua la brisa"; "eres llena de fuego entre todos mis sueños ahora y en la hora de nuestro amor". Carlos Martín es dueño de un vasto poderío imaginativo; sus imágenes son unas veces claras y directas como ventana que se abre de repente, otras difíciles y esfumadas en esa pugna por vencer al ángel del sueño. De pronto alcanza Carlos Martín la frontera de lo infalible, un color de suavidad casi inaudito como cuando nos relata las dulces cosas del mundo:

"El color de la brisa. El temblor de la lluvia.  
La palabra con tacto. El cuerpo de la música.  
La mujer como un ramo de flores en la arena.  
La tibia ternura de la espuma y los nidos.  
El roce transparente. Los amigos celestes.  
La presencia del viento. El ala del crepúsculo.  
La soledad como una paloma dormida entre mis manos".

Se pueden anotar a la poesía de Carlos Martín balbuceos e inconexiones, descuidos sintéticos y el paso de algunas influencias como la del varonil Pablo Neruda y el celeste Juan Ramón Jiménez. Dejamos la contabilización de estas brevísimas fallas a gramáticos y eruditos o a quienes con una provisión de cuatro versos quieren ponerle fronteras a la poesía.

"Territorio amoroso" nos deja esta sola sensación: la presencia de un alto y admirable poeta con su tesoro de intransferible dolor, con su suavísimo territorio apasionado, de un poeta en su casi lograda plenitud.

*Eduardo CARRANZA*

## **Nuestros Colaboradores**

**Francesco Vito.**—Profesor de economía corporativa y de sociología en la Universidad Católica del S. Cuore, Milán. Es una de las más destacadas personalidades con que cuenta el pensamiento ortodoxo en la Europa contemporánea para la exposición de los problemas de la ciencia social en nuestros días. Su nombre se halla vinculado a las más eminentes cátedras del viejo continente. Entre su nutrida y selecta producción bibliográfica anotamos las siguientes obras: "Economía política corporativa", Milán, 1937; "Risparmio forzato e cicli economici", Milán, 1937; "I fundamenti dell'economía corporativa", in "Studi in onore del Sen. Prof. Pietro Sitta", Ferrara, 1937; "Política económica e sociale corporativa", fascículo especial de la "Rivista internazionale di science sociali", Milán, 1937. Colabora permanentemente en las principales revistas de ambos mundos especializadas en los temarios de sus cátedras, en manera especial en la "Rivista internazionale di science sociali" de Milán, de la cual es uno de sus principales animadores. El ensayo que publicamos en este número de "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA". —lo relevamos— constituye una de las más altas distinciones que hasta la fecha hayan recibido estas ediciones. Como lo anota el mismo Prof. Vito, este estudio hace parte de un problema total que ha venido exponiendo a través de prestigiosas publicaciones de ambos mundos. Nuestro colaborador Lucrecio Jaramillo Vélez ha verificado la versión española del texto original italiano.

**Cayetano Betancur.**—Ex-catedrático de Filosofía y de Filosofía del Derecho en las Universidades Católica Bolivariana y de Antioquia. En nuestros claustros regentó también el curso de Derecho Internacional Privado. Actualmente dicta conferencias de ontología en la Universidad Javeriana de Bogotá. Su "Ensayo de una Filosofía del Derecho" ha sido elogiado por la crítica de los más exigentes tratadistas en la materia. Giorgio Del Vecchio ha ponderado el valor de esta obra. "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA" honra sus ediciones con la asidua colaboración de este eminente pensador nacional. Entre los estudios publicados en nuestra revista citamos: "La estructura óptica de lo religioso", "Los juicios de valor en la historia del pensamiento", "Descartes". Recientemente ha publicado, también, "Los fundamentos del Derecho penal", en la revista "Derecho", de Medellín; "Lo negativo en el estado actual de la cultura colombiana", en "Revista de las Indias" de Bogotá. Prepara un texto de filosofía y la edición de varios tomos de sus ensayos.

**Enrique de Gandía.**—Historiador y publicista nacido en Buenos Aires en 1906. Pasó los años de su juventud en Europa, estudiando en Italia, Francia y España. Sus primeros libros fueron novelas y relatos de viajes. Posteriormente se especializó en historia americana y particularmente argentina de la época colonial. Ha publicado 45 volúmenes entre los cuales "Historia del Gran Chaco", "Historia crítica de los mitos de la conquista americana", "Límite de las gobernaciones sudamericanas en el siglo XVI", "Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay", "Historia de los piratas en el Río de la Plata", "Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza", etc. Miembro de la Academia Nacional de la Historia Argentina, de la cual es secretario, así como de numerosas academias, institutos, sociedades históricas y geográficas de América y de España. Doctor "honoris causa" de la Universidad de la Asunción. Codirector de la monumental obra "Historia de la Nación Argentina", que publica actualmente la Academia Nacional de la Historia de su país, y autor, en colaboración con D. Rómulo Zabala, de la "Historia de la ciudad de Buenos Aires", editada por la Municipalidad de esta ciudad



recientemente. Muchas de sus obras han merecido altas distinciones, tales como el segundo y el tercer premio nacionales de literatura y el primero de la Institución Cultural Española. En el próximo número de "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA" publicaremos otros valiosos estudios inéditos del docto historiador, cuya asidua colaboración hemos asegurado para honra de estas ediciones.

**Juan de la C. Posada.**—Es uno de los más notables hombres de ciencia colombianos. Nacido en Medellín, en 1869, aquí estudió sus primeras letras. En 1887, al abrirse la Escuela de Minas de Medellín, entró a cursar Ingeniería, y en 1889 se trasladó a la Universidad de California, en donde se graduó de Ingeniero de Minas en 1893. Ha desempeñado elevados puestos de administración pública y partiular en el departamento de Antioquia y regentado cátedras en la Escuela Nacional de Minas y en otros institutos docentes. Son numerosos los folletos que ha escrito para la prensa científica del país y del exterior. En nuestra Universidad inauguró el Curso de Antropogeografía en la Facultad de Química Industrial, curso que siguió dictando en conferencias semanales a todo el claustro y que ahora escribe para "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA". El doctor Posada prepara, también, una obra sobre Antropogeografía Colombiana.

**Werner Beinbauer.**—Nacido en 1896 en Neustadt a. d. Haart (Palatinado), en donde cursó sus primeros estudios. Después de la guerra del 14 se matriculó en la Universidad de Bonn, donde hizo estudios de filología romance bajo la dirección de los catedráticos Wilhelm Meyer-Lübke y Leo Spitzer. De 1921 a 1924 permaneció en España, dedicado exclusivamente a estudios sobre el español hablado. Luego de doctorarse en Bonn, fue nombrado lector de español (profesor numerario) por Colonia y Bonn. Aparte de una numerosa serie de conferencias pronunciadas en diversas ciudades alemanas y extranjeras, sus principales publicaciones son: Frases y Diálogos (libro de conversaciones familiares), Leipzig, 1925; Spanische Umgangssprache (Estudio extenso de psicología lingüística), Berlín, 1930; Spanischer Sprachhumor (Estudio sobre expresiones improvisadas y humorísticas), Colonia, 1932; Ueber "Pitropos" (Ensayo sobre el lenguaje amoroso español publicado en la rev. hamburguesa 'Zeitschrift für Volkstum und Kultur des Romanen', VII, fasc. 2-3; 1000 Idiomatische spanische Redensarte (Giros y modismos españoles con ejemplos y comentarios), Berlín, 1939. El Prof. Beinbauer reside actualmente en Colonia en cuya Universidad regenta cátedras.

**Risieri Frondizi.**—Profesor de filosofía, graduado en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires. Becado por el Institut of International Education de Nueva York, estudió en la Universidad de Harvard, Cambridge, bajo la dirección del gran filósofo inglés Alfred N. Whitehead y de los americanos Ernest W. Hocking y Ralph Barton Perry. Profesor adscripto en Metafísica en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires. Reemplazó hace poco al doctor Manuel García Morente en el cargo de Director del Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán. Además de dicho cargo, ocupa actualmente las cátedras de Lógica e Historia de la Filosofía en el mismo Departamento. Autor de diversas publicaciones entre las que figuran: "Direcciones de la filosofía norteamericana contemporánea", en la revista Cursos y Conferencias, de Buenos Aires; "La Universidad de Harvard en su tercer centenario" (estudio analítico-crítico de una universidad norteamericana); "Influencia de Descartes sobre el idealismo de Berkeley" (Universidad Nacional de Buenos Aires); "Descartes y la filosofía inglesa del siglo XVII" (Universidad Nacional de La Plata).

**Félix A. Wilches, O. F. M.**—Eminente sacerdote colombiano, de la Orden Franciscana, doctorado en Roma con grados de jurisprudencia eclesiástica y civil. Su vasta ilustración le hace pertenecer actualmente al claustro docente del Ateneo Pontificio de San Antonio, en Roma. Ha publicado varios estudios sobre temas de sus cátedras. Durante su estadía en Colombia dará a las prensas un libro sobre el "Error Común", de alta elaboración jurídica. Amigo personal del profesor Jorge Del Vecchio, recientemente obtuvo su directa autorización para publicar los documentos y divulgar los datos pertinentes a la conversión al catolicismo del insigne filósofo italiano que integran el artículo que aparece en esta edición de "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA".

**Roberto Luis Restrepo.**—Notable ingeniero colombiano graduado en la Escuela Nacional de minas de Medellín. En el ejercicio de su profesión ha prestado valiosos servicios al país en el estudio y construcción de magníficas obras para el desarrollo de su progreso científico e industrial. Es miembro de varias sociedades científicas del país y del exterior. Uno de sus principales trabajos fue el estudio detallado del litoral colombiano del Pacífico, entre el riachuelo Mataje y la bahía de Solahonda y del archipiélago de Tumaco, y desde entonces se empeña en una permanente llamada hacia el aprovechamiento de esta importantísima zona de nuestro territorio nacional cuya potencialidad magnífica para el progreso de Colombia ha estudiado y divulgado en numerosas publicaciones. Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la importancia del

estudio del doctor Restrepo que hoy publicamos. Además de sus constantes colaboraciones en revistas del país y del exterior ha editado en un grueso volumen "Nociones de Minería y Prospectos Mineros".

**Luis E. Nieto Arteta.**—Joven escritor colombiano, nacido en la capital del Departamento de Atlántico. Estudió en la Universidad Nacional —Escuela de Derecho de Santa Clara—. Actualmente es profesor de dicha Escuela desde el año de 1937, después de su regreso de España en donde cursó estudios de especialización en la Teoría General del Derecho. Su tesis doctoral "De Lombroso a Pende" es un severo ensayo sobre la integración de la Antropología y de la Endocrinología. Recientemente ha colaborado en la "Revista de las Indias" y en "El Tiempo" de Bogotá. Se propone editar dentro de poco un estudio en torno a las concepciones teóricas elaboradas por la escuela vienesa, formada por el profesor Hans Kelsen. En preparación tiene un amplio ensayo sobre la historia de la economía y de la cultura nacionales. Reside en Bogotá.

**Rafael Moyano Crespo.**—Doctor en Derecho y ciencias Sociales; actual profesor adscripto de Derecho Internacoinal Público en la Universidad Nacional de San Carlos (Córdoba, Rep. Argentina). Colabora en diarios y revistas universitarias de su país y del exterior. Recientemente ha publicado: "La Familia, los Organismos Corporativos y el Estado en la Constitución portuguesa" y "Dos modernas concepciones del Estado". Tiene actualmente en preparación una obra fundamental sobre Derecho Internacional, de la cual hace parte el estudio que publicamos en esta entrega de la revista.

**Raul d'Eca.**—Escritor portugués, ha pasado la mayor parte su vida en el Brasil en cuyas universidades obtuvo su intensa formación intelectual. Es actualmente profesor de la Universidad George Washington y alto funcionario de la Unión Panamericana. El ensayo que hoy publicamos sobre la poesía de Jorge de Lima es un trabajo preliminar en una obra de aliento en que se hallan empeñados el doctor d'Eca y Francisco Aguilera, con la colaboración, también, de la gran escritora chilena Gabriela Mistral. Dicha obra en proyecto es una Antología, en versión española, de la Poesía Brasileña Moderna. Los traductores, Gabriela Mistral y Francisco Aguilera, cuentan con el hondo conocimiento que sobre la materia y sobre el idioma portugués tiene el doctor d'Eca. Nuestra revista divulga con orgullo en esta edición las primicias de esta excelente elaboración intelectual con la presentación de algunas poesías de Jorge de Lima, considerado como el máximo poeta de la actualidad en el mundo de habla portuguesa, magistralmente vertidas a nuestro idioma por Francisco Aguilera. A Jorge de Lima, seguirán en esta Antología, Murillo Mendes, Manoel Bandeira, Marlo de Andrade, etc.

**Francisco Aguilera.**—Nacido en Chile en 1899; hizo estudios en las Universidades de Chile, Indiana (EE. UU.) y Yale (EE. UU.). Ha sido profesor en las Universidades de Chile y Yale; secretario de redacción de "La Nación", de Santiago de Chile, 1928-30; director general de Educación Secundaria de Chile, 1928; miembro del personal de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, desde 1935; autor de dos obras didácticas publicadas en los EE. UU.; colaborador de revistas literarias de España y América.

**Francisco Waldomiro Lórenz.**—Natural de Checoeslovaquia. Desde joven reside en el Brasil, país en el cual se ha nacionalizado y en donde ejerce el magisterio hace unos treinta años, como profesor de lenguas, especialmente. Es uno de los más famosos lingüistas residentes hoy en el Brasil. Conoce cerca de 50 idiomas, y gran número de dialectos y lenguas indígenas de América y África. Sus estudios han llamado en repetidas ocasiones la atención de los centros de investigación europeos, en donde se reconoce su gran autoridad en estas materias. Ha publicado, entre otras obras, las siguientes de su especialización: "Nociones elementales de Kabbala" (Una traducción esotérica del Oriente); "Iniciación lingüística"; varias traducciones. Tiene en preparación una "Introducción a la lingüística americana" y un vocabulario comparativo con palabras de cerca de 100 lenguas. Además, de sus estudios lingüísticos, el Prof. Lorenz es autor de varios ensayos literarios y científicos, entre los cuales citamos: "Homeopatía doméstica brasileña", "La mentalidad amerindia" y "El Jardín del Alma". Reside actualmente en la villa de S. Feliciano, Estado de Rio Grande do Sul, Brasil.

**Alberto Rougés.** (colaboró en los dos números anteriores)—Nacido en Tucumán (Rep. Argentina). Graduado en Derecho y ciencias sociales en la Universidad Nacional de Buenos Aires, en 1905. Su tesis doctoral, "La lógica de la acción y su aplicación al derecho", fue la primera publicación que se hizo en la Argentina sobre la filosofía de los valores. De 1914 a 1922 perteneció al Consejo Superior fundador de la Universidad de Tucumán. Como Presidente del Consejo Nacional de Educación del distrito de Tucumán realizó una formidable campaña contra el analfabetismo, de resonancia nacional. En 1931 fue albacea del sabio naturalista doctor Miguel Lillo y como miembro de la comisión vitalicia designada en el testamento de éste, la preside desde que

inició sus tareas, cuando se fundó el Instituto Miguel Lillo, a base del patrimonio científico de aquél, que fue legado con ese objeto. Por sus colecciones, su biblioteca y sus publicaciones es este centro de investigación el primer Instituto botánico de la República Argentina. Las principales publicaciones del doctor Rougés son: "El filósofo" (presentación de José Ortega y Gasset), "Miguel Lillo", "Alejandro Korn", "El positivismo de José Ortega y Gasset", "Descartes", "Población y vitalidad", "La Filosofía que se ve", "Educación y tradición", "La vejez del espíritu", "Poesía en profundidad", etc. Fue uno de los principales colaboradores de la "Revista de Ciencias y Letras" editada por el poeta y publicista boliviano Ricardo Jaimes Freyre en la Argentina; colabora también en "La Nación", de Buenos Aires y en la revista "Nosotros" de la misma capital; muchas de sus producciones aparecieron en la gran publicación "Valoraciones" que fundara en La Plata el célebre filósofo Alejandro Korn. En la actualidad tiene una obra en preparación sobre "El tiempo y la eternidad" de la cual "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA" ha publicado algunos capítulos.

---